

Olvidadizos o malintencionados

Está claro que vivimos en un mundo lleno de hipocresía por un lado y de envidia por otro y nuestro país no podía ser menos, pues se suele decir que se aprende antes lo malo que lo bueno y hemos aprendido la lección al pie de la letra, siempre salvando, claro está, las honrosas excepciones que afortunadamente y en gran medida, también gozamos de su prestigio y honradez artísticos.

Vivimos pues es un país de olvidadizos o lo que es peor, de malintencionados y envidiosos. Es lamentable que tengamos que expresarnos en estos términos pero es una verdad más que comprobada y la verdad, señores, sólo tiene un camino por escabroso que este sea. Muy recientemente, a la vista de un hecho que yo considero despreciable, pues se trata de un caso que le ocurrió a un buen amigo mío -y le ocurrió por no ser catalán, es bilingüe-, y entonces me vino a la memoria haber leído algo parecido a lo que le ocurrió a mi amigo -aunque en este caso, no tuvo nada que ver la política o el idioma, como ustedes quieran-, y lo voy a contar porque creo que es bueno se sepan esta clase de cosas que pasan en España y con demasiada frecuencia.

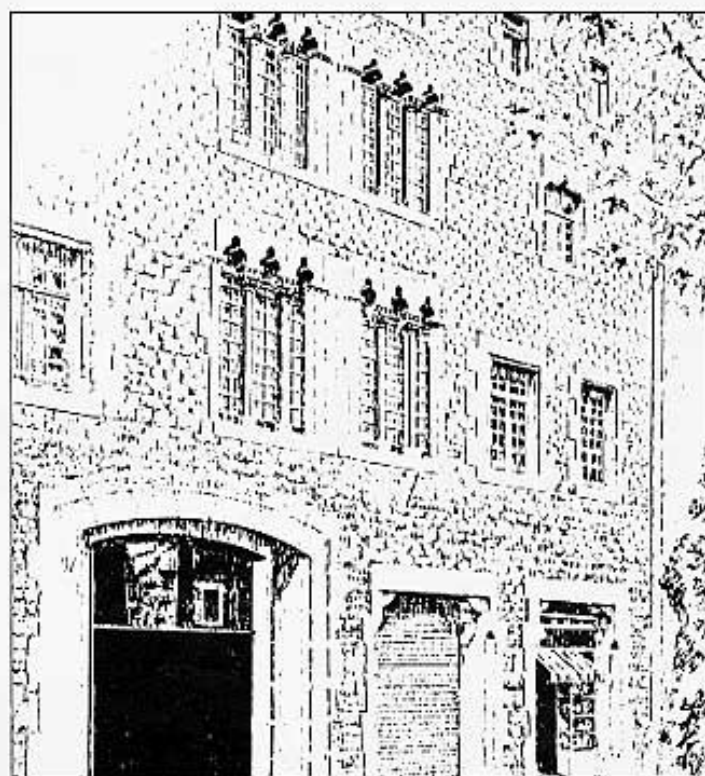
Parece que nuestro país no quiera aprender que la hora última y ya definitiva no es el mejor momento para los reconocimientos de valía, otorgados a un señor o señora que se ha estrujado el "cacumen" estudiando primero, para después ser un buen científico, un buen arquitecto o un buen ingeniero, etc., pues los españoles tenemos la gran suerte de haber tenido y seguimos teniendo hombres y mujeres que con su saber han enriquecido nuestra historia y en la mayoría de los casos, las autoridades competentes

-según el caso-, han llegado tarde, tan tarde que el "sesudo" no ha podido disfrutar en vida del galardón que en su día le fue concedido, y premiar así tantas horas de estudio primero y después de trabajo intenso, trabajo éste siempre para el bien de los demás, sea en el campo que sea.

Y para refrescar alguna que otra memoria, nada mejor que recordar el caso concreto del arquitecto Emilio Pérez Piñero, que como es sabido en sus últimos años de vida residía en México, por estar realizando un gran proyecto y donde falleció a consecuencia de un accidente de circulación, pero antes de producirse el óbito pudo disfrutar del premio "Perret" que le fue concedido por la Unión Internacional de Arquitectura (UIA), que es algo así como el Nobel de arquitectura, pero nuestro país siguió dormido como en otras tantas ocasiones.

Bien conocida fue la personalidad del ilustre arquitecto español y por ello no es mi propósito exponer aquí sus merecimientos, sino únicamente resaltar el olvido en que se le tuvo cuando todavía estaba entre nosotros y aún podía ejercer su profesión para gloria del arte patrio. Emilio Pérez Piñero, profesionalmente hablando, había rebasado las fronteras nacionales, para situarse en el pináculo de las realizaciones mundiales en el campo de su especialidad. En palabras del secretario general de la UIA, que entre otras cosas dijo: "su obra era de una arquitectura surgida de la industria y concebida principalmente para las masas". Pérez Piñero era la geometría andante, volante, espiritualizada y transformista.

Era algo de lo que estaba muy necesitada la España de nuestros pecados, con sus pasadas construcciones que ahoga-



ban sus realizaciones amazacotadas y esclavas. Pérez Piñero -la luz, el vuelo, la elegancia y el señorío-, era frente a la angustiada arquitectura atosigante, la libertad de movimientos físicos y del espíritu, con sus formas de movimiento. Para ello bastará recordar su gran lona atrevidamente resuelta, que englobó en los patios de los Nuevos Ministerios de Madrid una magna exposición cultural. También recordaremos la famosa vidriera desplegable construida y destinada al famoso Museo Dalí, en Figueras, que fue presentada al gran genio de Cadaqués, siendo aceptada por este, al tiempo que felicitaba al ilustre arquitecto por su gran obra.

Hemos dicho anteriormente, aunque con otras palabras, que no bastan los homenajes a título póstumo, pero sigue siendo nuestro país abundante en envidias y desacréditos y tan escaso en alabanzas al que triunfa con su obra artística, con su trabajo personal diario y lo

más triste es que estos casos ocurren incluso en los parajes más recónditos de nuestra geografía. Parece como si fuese constante española, dejar en el olvido a los mejores y a los ilustres por sus trabajos o por su talento, cuando todos son servidores de nuestro país y en definitiva los que llevan el genio y la bravura de nuestra raza y no los mediocres, enanos o profanos que lo único que saben hacer bien es esconder el pico bajo el ala como el avestruz.

De su juventud y dinámica capacidad todo podía esperarse. Últimamente se le había encomendado un ambicioso proyecto por técnicos de la NASA. Quizá haya alguien que recoja su antorcha y, mientras, este país a ver si aprende a descubrir y reconocer a nuestros valores artísticos aún en vida, para que estos puedan saborear el galardón ganado tan mercedamente el resto de sus días.